

éxito. Y también que continúen estudiándose y publicándose, con el mismo celo erudito que las editadas y analizadas por Carriazo, las fuentes de la historia española aun necesitadas de edición moderna y de exégesis previa.

GUILLERMO R. GORDÓNEZ

CARLOS SARTHOU CARRERES: *Castillos de España* (Su pasado y su presente. Prólogo de Azorín). Madrid, 1943, Espasa Galpe.

"Caminamos en el tren, hemos salido de Madrid, la marcha es "vertiginosa... el puntito se ha ido acercando, ya es una alta mole "cuadrada... ¡Castillos de España!... las paredes son altas, recias, la "fábrica casi en ruinas". Tales son algunas de las palabras que Azorín puso como preámbulo a estos castillos.

¿Para qué seguir repitiéndolas, para qué situarnos como él en el fondo de la historia y contemplar el pasado; acaso para entristecernos y ver girar ante nosotros como surgiendo entre las torres, por entre las almenas, la cabeza recia y velluda de un español, de un antepasado, fija la mirada quién sabe hasta qué confín de la llanura, alerta al menor atisbo del infiel? Pero hoy no son más que ruinas, sagradas páginas de la epopeya de un pueblo, de un grupo de gentes a quienes unía su fe, su amor a sus fueros a la tierra seca y dura pero propia, amores que incitan a defenderse con inquebrantable rebeldía para no doblegarse ante nadie, ni antes, ni ahora, ni después.

No podían, por otro lado, ser más exactas las palabras de Azorín; sólo queda ya, sumergirse en el libro. El espíritu está preparado para las "muchas sensaciones gratas, suavemente melancólicas".

Sintiendo, suave o ardorosamente, no importa cómo, pero sintiendo de otro modo cada castillo que visitemos, no será para nosotros sino un conjunto de piedras levantadas con cierto orden, y no percibiremos en él más que la forma muerta y no el alma que lo levantó y que sostiene hoy aún su recuerdo, en sus restos.

Guiado por ese sentimiento peculiar el autor comienza por defender el romanticismo que produce la contemplación embelesada de estas ruinas, contra las críticas de quienes dicen que no son más que "carroñas insepultas"; y así, en plena inspiración, *muestra*, detrás de cada palabra, su ardiente amor a España. Vuelcase éste en la defensa ardorosa de los castillos, por su valor, ante todo, histórico, por su con-

dición de páginas vivientes de largos siglos de nacionalidad que no sólo nos hablan de la epopeya, sino también de la lucha señorial. Sarthou Carreres protesta, siempre con tono emocionado, contra el olvido de quienes no se ocuparon de su valor arquitectónico y artístico, ya que siendo lugar de lucha y placer, no sólo deberían contemplarse sus fortificaciones, sino también sus salones, su cuadra y su templo, que el señor cuidaba de engalanar por los mejores artífices, creando monumentos que en nada desmerecen ante los extranjeros de su misma índole, franceses o germánicos.

Sarthou Carreres inicia la obra con una transcripción de algunos pasajes de la "Arquitectura civil" de don Vicente de Lampérez Romea, que el autor utiliza, junto con otros aportes, para sintetizar la evolución del castillo; acompañada al devenir histórico y al adelanto de la técnica guerrera.

Entra luego a diferenciar los castillos de las torres-fortalezas, pasa a describir de modo general cada uno de estos géneros de arquitectura, y nos lleva por las regiones que las torres defendían, desde las que recuerdan la monarquía visigótica hasta aquellas que, escalonadas a lo largo de la costa de levante, evocan los siglos XVI y XVII, cuando ya desterrado para siempre el poder musulmán de la Península, los piratas argelinos azotaban aún las playas mediterráneas y obligaban a sus habitantes a que las construyeran para defender sus alquerías.

En apretada síntesis, Sarthou Carreres habla, en estas páginas "preliminares", de las características de los castillos militares, de su situación y de su origen; asimismo de los civiles-militares, de su ubicación en el llano y en la montaña y de las distintas plantas de los dos grupos, e ilustra su estudio con ejemplos acertados.

En lo que se refiere a la posición estratégica de los castillos, consecuencia de las necesidades del propio subsistir, llegan las referencias de Sarthou Carreres a la evolución que se produce del castillo militar al castillo-palacio, y a las órdenes del rey mandando demoler los muros, de algunos, órdenes por las que hoy añoramos muchas obras de arte, que no la ignorancia sino la necesidad política destruyó.

No se contenta el autor con la descripción de los castillos medievales, sino que contrapone, en los primeros capítulos, la forma exterior del castillo románico a la del gótico.

Concluyen estos preliminares con una noticia del abandono en que se ha dejado a estos jalones de la Reconquista, no sólo por negligencia del estado sino también por la desidia de los mismos propietarios, quie-

nes, guiados de un mísero interés, los utilizaron como canteras, arrastrando lo que quedaba de sus muros.

Entra en seguida en el análisis de los factores políticos y sociales, que antes de nuestro tiempo, y en él, llevaron magníficas construcciones al estado lamentable de ruina en que se hallan, tanto más lastimosa cuanto que ella permite, sin embargo, imaginar su primitivo esplendor. Tiene el libro palabras duras para aquellos que por un mero interés mercantil enajenaron en nuestros días obras de arte de estos históricos monumentos, para extranjeros que las llevaron a enriquecer castillos franceses.

Entra entonces a reseñar lo que se ha hecho por los castillos, traza una rápida recorrida por los antecedentes legislativos que los protegen, y detalla cómo los gobiernos han dado realidad a esas leyes.

Después de este contenido inicial que hemos reseñado, el autor nos cuenta qué es su libro y qué se propone con él. Dice que no es una obra de pretensiones científicas, sino de divulgación, escrita con el objeto de despertar el amor a esas reliquias españolas.

No ha realizado el estudio de los castillos desde su mesa de trabajo sobre datos recopilados por otros, sino que sus páginas sobre ellos son resultado, según el mismo autor nos informa, de medio siglo de andanzas personales, entre "sus sagradas ruinas, sin dejar de la mano la pluma y el objetivo". Es fácil corroborar su aserto mediante las numerosas publicaciones fragmentarias y los artículos que en esos largos años ha dado a luz sobre ellos. Y acrece el valor de su obra el hecho de que no se conoce todavía ninguna otra de gran envergadura, ni siquiera de divulgación sobre el tema tratado por Sarthou Carreres, sino solamente trabajos parciales o simples ensayos.

Al estudiar los castillos, el autor los agrupa por regiones y dentro de ellas por provincias, según un orden de clasificación alfabético, e ilustra sus páginas, cuando el interés del castillo lo requiere o cuando su buen estado de conservación lo permite, con fotografías de los mismos.

Esta presentación por regiones que se suceden según las primeras letras de su denominación, no es afortunada. Impide seguir el hilo de la madeja histórica, ya que nos fuerza a saltar de una región en que dominaron, supongamos, los árabes, hasta muy entrados los siglos, a otra en que ejercieron su poder por poquísimo tiempo. No es posible, por ello, seguir el desenvolvimiento de los estilos con el correr de las épocas, pues a un castillo de estilo renacentista, sigue a veces uno mudéjar y a éste una simple fortaleza construída con el único objeto de descubrir al enemigo.

Tras la rápida enumeración de los nombres de todos los castillos que cada provincia guarda en su seno, el libro nos lleva luego a cada uno de ellos. Cuando están en ruinas nos hace caminar entre piedras en caos, a través de fábricas que ya no son o sobre murallas y adarves caídos, para ascender por las crujías y llegar a lo que queda de las defensas. Y si el tiempo y el descuido, cuando no la guerra, los ha reducido a cimientos y recuerdos, con la ayuda del ingenio y de documentos, el autor trata de reconstruir lo que fueron y procura rendirles el homenaje de procurarles un soplo de vida.

En cambio ¡cómo goza, cuando se halla frente a un alcázar o un castillo bien conservado y, transpuesto el arco de entrada, avanza por sus corredores y salones, y contempla las maravillas de arte que les adornan aún y halla ocasión para una descripción minuciosa!

¡Y cómo también, cuando la suerte le acompaña y por obra de la mano, digamos mejor: del egoísmo del hombre o de la previsión del Estado, se conservan las muestras del arte arquitectónico que imperaba en el momento en que fué levantado el castillo o en el instante en que el nuevo señor le engalanara, para llevar a él a su mujer o para solazarse mientras una tregua en la pelea le dejaba ocuparse de algo más que de las armas! El autor se extiende entonces en detalles que tiene ante su vista y, llamando a colaborar a los trabajos de otros investigadores y requiriendo el auxilio de los documentos, llega hasta dar a conocer el nombre del artista que, a las veces traído desde la floreciente Italia de entonces, construyó o embelleció la señorial morada. Acompañan en ocasiones a tales descripciones algunas estampas de dos siglos atrás, que nos llevan, por ejemplo, ante la magnífica Alhambra rodeada por sus jardines, o nos muestran una torre de homenaje que hoy apenas es.

La virtud de esta peregrinación por los "Castillos de España" es que el mismo autor, como ya queda dicho, la ha hecho personalmente antes de volcar sus observaciones en un libro, y ha utilizado, además, el aporte ajeno de numerosos trabajos parciales, a veces sobre un solo monumento, a veces sobre los de una provincia, consultas que consigna minuciosamente en forma de bibliografía al terminar la descripción de cada uno. Esta bibliografía completa la que ofrece, a modo de entrega previa, al final de la primera parte de la obra.

Cabe agregar que no sólo se encuentra en estos "Castillos" una visión material de los edificios sino también la narración de los hechos y la biografía de los personajes que en cada caso aportan juntas la leyenda y la historia.

JORGE AUGUSTO OCÓN.